

Nada de cómic

Se nos pide nuestra impresión acerca del papel del cómic durante la dictadura. Y aunque la marginalidad impuesta le dio cierto tono latente de protesta y disconformidad con todo lo establecido, no fue su característica el mensaje político o ideológico. Tal vez porque nadie creyó en él como un canal válido de comunicación, no fue ni símbolo de nada ni bandera de nadie. Sólo un grito gráfico, el deseo emergente, la imaginación tanto tiempo contenida. Una explosión espontánea de impresiones, expresiones, realidades parceladas, ideas sueltas intentando a duras penas agruparse y organizarse en una historia coherente.

¿El papel del cómic? Simplemente la necesidad de comunicarse con alguien. Las ganas de decir cualquier cosa, la esperanza en el hemisferio izquierdo del cerebro. Y es que dentro de un contexto caracterizado por la chatura y la uniformidad, la creatividad pensó en voz alta y una de las muchas formas a través de las cuales quiso manifestarse fue a través del cómic, un género desaparecido de los quioscos, pero no de las mentes de los actuales creadores y lectores.

El papel del régimen

Aunque no es característica de los militares el interés por el noveno arte, vale la pena destacar la influencia a nivel de formas y contenidos que tuvo este régimen en la historieta. Bastaría con nombrar la prohibición de lo imaginario y lo imaginado y la destrucción por la vía económica de la industria editorial para explicar el resurgimiento bajo formas completamente renovadas en Chile. Por decirlo de otro modo, aquí desapareció la historieta (así se le llamaba antes) y de sus cenizas nació el cómic (así se le llama ahora).

Pero centrándonos un poco más en la forma, la estética de la dictadura tuvo y tiene aún un papel que no podemos dejar de reconocer. Aportando con la más prolifera y morbosa crudeza que haya vivido jamás este país en su historia desde la independencia: la muerte, el miedo, las desapariciones, las torturas, el toque de queda, la injusticia social, la desesperanza, que bastante tienen que ver con las historias que



nos-regala el cómic chileno. No en sus contenidos explícitos, sino más bien en su lógica, sus carencias y sus desarticuladas alucinaciones.

El golpe y sus secuelas marcaron en la actual generación de historietistas (preadolescentes en el año 73) una manera de ver y comunicar las cosas.

La generación de la censura

Si (h)ojeamos cualquier revista nacional de comics —incluso las aparecidas ya en democracia— lo que primero nos llama la atención es la impresionante calidad de los dibujos. La fuerza de los trazos. La definición acabada de estilos propios, novedosos, llamativos y diferentes. Con influencia de los actuales autores de todas partes del mundo del cómic civilizado, pero siempre con un claro estilo personal y único en cada creador.

Pero al leer los bocadillos, al recorrer las historias, los diálogos, los desenlaces, comienzan a aparecer las inconfundibles huellas de la censura. (La censura de todos los días: un periódico casi completamente blanco como si en la imprenta hubieran olvidado usar tinta, material de relleno, la distracción, lo irrelevante en un podium. En los colegios, personajes históricos, básicos, arrancados de los libros y de los programas, historia retocada, clásicos en la hoguera, discursos vacíos, polémica inocua. En la televisión, la publicidad invitando a vernos como no somos, y la desinformación como método. En la calle, en el metro, en una fiesta o en la oficina, el miedo a decir, la sospecha constante, la espontaneidad quién sabe dónde).

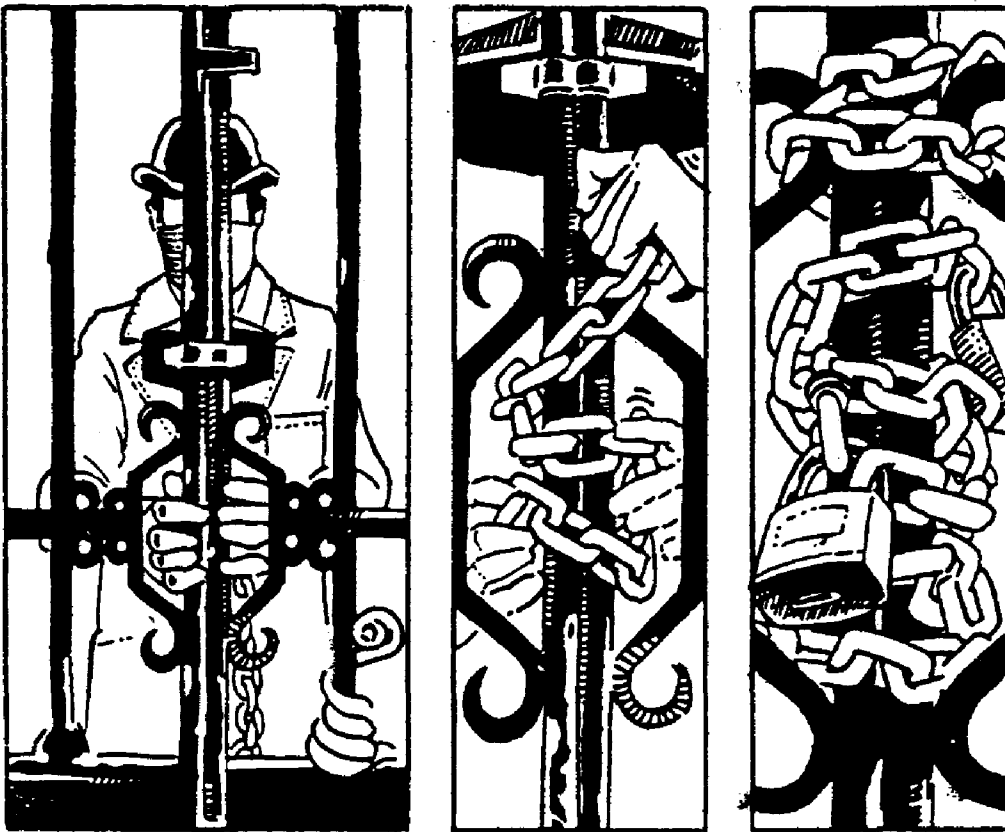
Ésta es una huella aún profunda en la incipiente producción de cómics. Ya no por el miedo. Más bien por la estructura mental resultante de una realidad permanentemente recibida a través del inepto filtro censor.

Tal vez por eso muchos guiones suenan un poco a hueco. Las historias, no se sabe hacia dónde van ni de dónde vienen, los personajes no quieren mostrarse ni por nada en el mundo, el conflicto es ambiguo, el lenguaje ajeno, lejano, los diálogos más que herméticos, huidizos, los montajes desarticulados y los finales tan abruptos como un pronunciamiento militar.

Tal vez por eso las imágenes han tenido que derrochar tanta fuerza en sustentar cada relato.

Las dificultades del comienzo

Pero no olvidemos que esto apenas empieza y que dichas carencias narrativas guardan gran relación el aprendizaje, la experiencia y el desarrollo. Lo importante es que los numerosos lectores, los editores y, más que nadie, los dibujantes tienen conciencia de esta falencia. Precisamente la búsqueda general apunta al enriquecimiento, la do-



Fragmento de una
historieta de Carlos Ramos

cumentación, el contacto con los orígenes, la autenticidad, la magia, la poesía y la honestidad, como herramientas imprescindibles para lograr un mayor peso de los guiones. De hecho muchos dibujantes ya salen del encierro e individualismo propios de estos últimos años, para trabajar en conjunto con guionistas.

Todo lo cual se percibe y refleja en historias claras, íntegras y muy bien logradas. Número a número están apareciendo pequeñas piedras preciosas, viñetas admirables, formas nuevas, historietas y autores notables.

Y es curioso, pero pareciera que la desintegradora herencia de la censura y la autocensura se constituye ahora en un lenguaje lleno de fuerza y significación. Un estilo propio de esta generación, que transforma los vacíos en imaginación, la evasión en elevación y altura de miras, la estructura errante en una ingeniosa caja de sorpresas, la inseguridad aparente en gritos de tinta. La ambigüedad cede el terreno que ganan la lucidez, la síntesis y la transparencia. Los silencios se vuelven ritmo y los lenguajes ocultos se tornan figuras literarias. Hay un dominio. Sin duda, hay una cancha trazada.

Los temas, los personajes

Mujer en bar.
Hombre que llega.
Ojos. Miradas.